

Un día de perros

Manuel Luque Tapia

Un día de perros... Uno de esos días en que los rayos de sol taladran nuestra pálida piel, aún cruda por los abrigos de un cruento invierno de fríos, lluvias, nieves y heladas. Los viandantes —yo entre ellos—, caminábamos con celeridad buscando bien la sombra de los árboles, que custodiaban las aceras como enhiestos centinelas, volviéndose nuestros pasos más distendidos una vez a su amparo, bien el cobijo del establecimiento de turno donde la gente se agolpaba para refugiarse del abrasivo sol y que su piel no se calcinara por las primeras incursiones del susodicho astro. Preferíamos el calor humano que nos prestábamos unos a otros a la voraz enjundia que el sol nos brindaba.

Y así, a paso agigantado bajo esta infernal calima, llegué hasta el pequeño despacho de la panadería que frecuento —cuatro metros de profundidad, a lo sumo, por dos de ancho—, la cual se encontraba de clientela a más no poder. Empujones, roces a placer y a disgusto, miradas de buena fe y de no tan buena... De todo se horneaba allí, pues de todos es bien sabido que allá donde se reúnan más de dos personas siempre se discute de fútbol, de política, etc., o se comenta del tiempo o de cualquier hecho recientemente acaecido. ¡Todos sabemos tanto de todo! Y si no es así, hacemos como si tal para salir del paso y quedar como unos instruidos mentecatos que es el fin fundamental de la hipocresía. La cuestión es que la controversia, sin poder evitarlo, siempre surge, llegándose en ocasiones a situaciones curiosamente extremas. Y hoy era tan sofocante el calor que golpeaba sin piedad los cerebros, que parecía un día propicio para la terquedad, el enfrentamiento, la pelotera e incluso, como veremos, para la reyerta.

En el caso que nos ocupa, el motivo de polémica, un perro. Pero vamos al caso, y el caso es que me hallaba yo ya en el mencionado establecimiento cuando llegó un hombre al mismo acompañado de un perro —un pekinés se me antojó—, amarrado con una delicada cadena plateada, sujeta al cuello del animal por un laborioso collar de cuero

rematado con una serie de remaches dorados, todo lo cual le daba al perro un aire de extremada distinción y elegancia, y previamente a entrar al hemiciclo o al ring —valgan los símiles como comprobarán más adelante— se dirigió a los presentes.

— ¿Quién es el último? —preguntó.

—Esta chica —respondió mi menda señalando a una chica que rondaría los catorce años.

—No, yo no, —aclaró con tímida voz la adolescente—. Detrás de mí va un hombre pero ha dicho que iba a hacer un recado... Si no viene, entonces yo —recalcó.

— ¡Costumbres feas! Cuando aprenderán que la vez se guarda en la cola, al pie del cañón... —refunfuñó el novel mientras se dirigía un tanto airado a la casa de enfrente, la cual hacía gala de una hermosa reja, cuyos barrotes de hierro forjado semejaban columnas salomónicas con labrados, incrustaciones y bajorrelieves no menos preciosos. Este hombre, como digo, sin más dilación y sin ningún tipo de vacilación, se dirigió hacia la ventana, amarró la cadena a la reja y volvió para ocupar su pertinente puesto en la fila.

A medida que pasaban los minutos el local se fue embutiendo aún más, los cerebros reblandeciendo y la cola engrosando y alargando. De los que llevaban más tiempo allí, los más sociables, hablaban ya con la confianza propia que en estos sitios se suele alcanzar. Los más neurasténicos, en cambio, metían y sacaban las manos de sus bolsillos, volvían la cabeza hacia un lado y otro como respuesta a un acto reflejo, o miraban una y otra vez su reloj sin apercibirse de la hora; era el azogue propio de su nerviosismo. Así andábamos, medio entretenidos los unos y medio desesperados los otros, cuando otro individuo hace acto de presencia y, como era rutinariamente necesario, formula la obligada pregunta.

— ¿Quién es el último?

—Yo —respondió la persona laureada con esa posición.

— ¿De quién es ese perro? —preguntó serenamente, tras unos instantes de guardar su compostura en la cola.

—Es mío... ¿Por qué? ¿Ocurre algo? ¿Le está molestando acaso? —respondió el dueño. La secuencia de interrogativos, el ronco timbre y la firmeza de su voz pusieron de manifiesto el tono desafiante de sus palabras y su irritabilidad, quizás motivada por la larga espera, tal vez por el sofocante calor, o quién sabe si no, por la explosiva mezcla de ambas cosas.

Otro de los allí presentes, observando el modo y las formas con las que el dueño del faldero había contestado, intentó conciliar a las partes en un acto de civismo que el mejor de los moderadores envidiaría.

— ¡Señores...! ¡Por favor...! No vayan ahora a enfadarse por algo tan nimio. Hace un día hermoso, bailemos a compás.

—Oiga usted, señor, a mí no me molesta el perro, simplemente he preguntado quién es el dueño. El perro luce una cadena y un collar llamativos en demasía y en los tiempos que corren ya sabe usted lo que puede ocurrir, que alguien pase y lo desvalije —clarificó aquel señor, de aspecto sosegado y tranquilo, un tanto encrespado ahora por las formas y la entonación que había empleado el dueño, el cual no tardaría un instante en lanzar la contrarréplica.

—Hablando en plata, señor, qué le interesa a usted que le roben o le dejen de robar los arreos al perro... ¿Acaso se ha rascado usted en el bolsillo para comprárselos? No, ¿verdad que no? No vaya a ser que no podamos con lo propio y queramos llevar lo ajeno.

El hombre que estaba inmediatamente delante de este último, con el cual se había fajado el amo del perro, medió en la conversación pero para ensalzar aún más.

—Mire señor, yo estoy aquí, casi en la misma puerta, y tenga por seguro que nadie va a tocar ni al perro ni al collar ni a la cadena. Además —apuntilló—, tiene usted un

concepto demasiado negativo de las personas. Así no se puede ir por la vida.

—Entonces tiene usted la certeza de que no lo van a tocar, no es así... — contestó aquel comedido hombre que en un derroche de previsión había querido poner sobre aviso al dueño.

— ¡No, claro que no! Estando yo aquí por mis huesos que no lo tocan. Además, ¿quién está pensando en el collar del perro? —preguntó, pero haciendo caso omiso a la pregunta nadie osó contestar y el silencio se adueñó del local.

— ¡Quién se va a fijar en esa mierda de perro, si hay que mirarlo dos veces para verlo! —balbució alguien entre dientes.

— ¡Quiere usted dárselas de gracioso!, ¿no es eso? —inquirió el dueño del perro, que extremadamente receptor, se había hecho eco de la murmuración, volviéndose repentinamente hacia el imprudente e inoportuno apuntador—. Aquí estamos hablando ahora mismo del collar y no del perro, pero para su información... señor listillo, le diré que se trata de un perro de raza, cuyo pedigrí puedo demostrar con papeles en la mano. Y decirle también, que sé a ciencia cierta que nadie va a tocar ni al collar ni al perro, puesto que ante todo confío en la gente, en mi pueblo.

— ¡Calma... señores! ¡Por favor...! Hemos de ser coherentes y no atrancar la rueda por banalidades —expuso el dependiente para templar la atmósfera, que veía cómo poco a poco las cosas se estaban sacando de quicio y que el ambiente se estaba poniendo más caliente que un bollo recién sacado del horno.

El cuchicheo que allí reinaba, no obstante, fue acrecentándose y degenerando por momentos en un vocerío tan chispeante que algunos amagaban con abalanzarse sobre sus respectivos contrincantes dialécticos. El dependiente, que muy a su pesar se fue subiendo también de tono, poseído por la impotencia —la verdad es que aquello era para tener algo más que aguante—, tomó la palabra de nuevo, ya que temía lo peor, y la realidad es que no era

para menos. La algarabía que había formada era de aúpa.

—¡Ea, hasta aquí hemos llegado! ¡Qué dios reparta suertes pero de pan ni un mendrugo más! ¡Vamos, que no se despacha en tanto no os serenéis! —espetó.

Uno de entre los allí presentes, que hasta ahora nada había tenido que ver con la guerra dialéctica que allí se estaba amasando —nunca mejor dicho—, y que no había terminado de oír lo que el panadero había dicho, no tardó ni un instante en intervenir.

— ¡Cómo que no nos despacha! Estaría bueno que después de casi tres cuartos de hora esperando me fuese a mi casa con las manos vacías, y para más inri, sin yo comerlo ni beberlo, pues usted sobradamente sabrá que nada he tenido yo que ver con todo esto. De tal manera que o me vende el pan que quiero o me da el libro de reclamaciones... De lo contrario, puede ser que llegue la sangre al mismo horno... ¡Vamos hombre, tener que llegar a estos extremos...!

—Pero hombre yo no he dicho que...—intentó aclarar el dependiente el malentendido, pero le faltó tiempo al dueño del perro, aún obsesivamente embebido en la disputa que mantenía sobre su perro, para tomar nuevamente la palabra.

— ¿Qué dice usted de repartir? —recriminando también al dependiente—. ¿Qué le ha tocado en el sorteo, el collar, la cadena o el perro? ¡Vamos hombre, qué te parece el plan! ¡A repartir...! Hay que ver cuán despabilados estamos hoy en día. Hace cincuenta años, quién nos iba decir que íbamos a llegar a estos extremos. Así no se puede vivir... Yo creo que lo que ocurre en estos tiempos de libertina democracia es que hay personas que tienen el coco comido con esto del socialismo, el reparto equitativo de los bienes, las reformas y demás patrañas que quién sabe quién y en qué estado se las inventó, para que luego vayan cuatro pardillos y se crean todo eso a pie juntillas.

En este punto se hallaba el enrevesado y grotesco diálogo cuando una señorita ataviada con unos estrambóticos atuendos de los que pendían caireles y otros floripondios que

no nos vamos a entretener en enumerar, no pudiendo aguantar más la tirantez de unas cuerdas vocales que delataban su enervación, salió al quite.

— ¡Oiga señor...! ¡Sí, usted! El socialismo es una cosa muy seria. No tolero que se ponga en tela de juicio todo lo que sea luchar en aras del progreso, el bienestar social y la igualdad entre las personas. Usted al parecer, muy equivocadamente por supuesto, ve muy bien que unos tengan de todo y otros, sin embargo, vivan en la más denigrante de las miserias. Si usted, por poner un ejemplo, donase esa cadena y ese collar se quedaría con el perro, al que amarraría con una sencilla y simple cuerda, sin más lujo ni boato. Pero no, lo quiere todo: el collar, la cadena y el perro. Ese egoísmo retrógrado es la típica forma pensante del más puro y aberrante capitalismo que degenera políticamente en un dictatorial absolutismo.

—Si este hombre le da el collar a uno y la cadena a otro, ¿cómo lleva el perro a su casa? —dijo otro jocosamente.

—Con el cinto de los pantalones —contestó otro.

—Y si se le caen, ¿qué? —replicó otro.

— ¡Y qué si se le caen! Alguna vez podremos nosotras... —intentó aquella joven una nueva acometida...

—En mi casa los pantalones los llevo yo —replicó el dueño del perro sin dejarla terminar—. Eso sois vosotras, las “progres” —dirigiéndose ahora con sarcasmo a la joven—, las que lleváis los pantalones puestos y por cierto bastante ajustados no sé si para que no se os caigan o para resaltar las formas a modo de reclamo. Os subís a la parra, hacéis lo que os viene en gana y humilláis a vuestros maridos o “compañeros” —proseguía con el tono irónico y burlón— como viles perros.

—Habla por propia experiencia, ¿verdad? —nuevamente la joven señorita—. Seguro que se dedica a humillar y maltratar a su fiel perro, ¿no es así? ¡Qué gente madre mía!

Es lo que me faltaba ya por oír. Así hemos estado durante tantos años, como los perros de los amos. ¡Vamos, vamos...!

De esta guisa, obvio, cada cual hilvanaba las palabras que llegaban hasta sus trompas de Eustaquio como quería o entendía, de forma tal que el estrepitoso galimatías fue hasta tal punto en aumento que más de uno sí que salió con la nariz hinchada. A excepción del dueño del perro y la señorita que no llegaron a las manos porque se trataba de una mujer, según aclaró el primero: “Soy un hombre educado a la vieja usanza, como los de antaño. Esos sí sabían respetar faldas y canas”, el resto estaba ensalzado en el *tú que me das yo que te doy, yo que te digo tú que me dices...* cuando aparece la señora vecina propietaria de la casa donde se encontraba ubicada la ventana, donde a su vez el perrito causante de la discordia estaba amarrado.

— ¿De quién es el chucho que hay amarrado a la reja?—preguntó.

—Señora, otra vez con el dichoso perro, deje en paz al perro, al dueño del perro y a su puñetera madre —respondió el dependiente, que por motivos evidentes había puesto ya en conocimiento de la Policía Local el motín formado en su establecimiento. Pero el dueño del perro que ya se había hecho eco de la pregunta, contestó como buenamente pudo, y digo como buenamente pudo porque ya le faltaban al menos las paletas delanteras y a medida que intentaba hablar la saliva, tintada de sangre, envuelta en el aire que expelía, salía disparada a perdigonadas por entre el hueco dejado por los dientes, de forma que más que hablar lo que hacía era chapurrear de forma apenas inteligible.

—Ette pergo et mío, ¡qué páa!

—Que con todo el follón que tienen aquí formado —respondió la dueña de la ventana—, el caniche no para de dar saltos y brincos y como parece ser de clase alta no puede llevar una correa normalita..., ¡no...!, tiene que llevar una cadenita, ¿se imagina usted lo que me está haciendo en el barroto de la ventana donde lo amarró? ¿Lo sabe o no lo sabe...?,

pregunto. Pues se lo voy a decir yo. Lo tengo todo arañado, y no creo que esté pensando precisamente en darle una manita de pintura antes de marcharse o en pagar los desperfectos ocasionados. ¿Verdad que no?

—Masdito mateialismo de os coones—contestó el amo del perro, que había cambiado de postura ideológica en un abrir y cerrar de ojos.

—Mira quien fue a hablar de materialismo —señaló la joven—, el sumo exponente del mismo, el que no cree en el reparto equitativo de la riqueza. Diga usted que sí señora, que si le tiene que indemnizar los desperfectos que lo haga, por las buenas o por las malas. ¿Estáis de acuerdo en que este fulano pague los desperfectos a la compañera? —preguntó involucrando a los allí presentes, a los que no les dio tiempo a contestar porque en esos precisos instantes hizo acto de presencia la Policía Local, la cual, no de manera fácil, fue instaurando el orden.

—Bueno... Quiere alguien explicarme cómo se ha originado el altercado —preguntó uno de los policías.

—Mire usted señor policía el origen de la trifurca ha sido el perro que está amarrado en la ventana de la casa de enfrente —contestó el dependiente, un poco más sereno ya por la presencia de la autoridad en su establecimiento.

— ¿Le ha mordido a alguien? —preguntó el municipal que no acababa de comprender lo que quería decirle, a la vez que se dirigía a la puerta de la calle para observar el causante del delito. Se asoma a la puerta, mira hacia uno y otro lado, y cuál fue su sorpresa...

—Señores, ¿me estáis tomando el pelo?, ¡mirad que no está el verde para pitos...! Ahí no hay amarrado ningún perro.

— ¿Coo que no?— chapurreó el ya, por los golpes, abotargado dueño del animal, mientras a empellones intentaba salir a la calle para cerciorarse de la veracidad de lo referido.

Sí señor, se lo habían robado íntegro, con cadena y collar incluidos en el lote. Entró cabizbajo, arrastrando los pies, el cuerpo laso y los ojos vidriosos. Su estampa era la inequívoca rúbrica de lo sucedido. Su aparente entereza se había desmoronado como un suspiro. En tanto, el dependiente intentaba explicar a los policías municipales —cosa nada fácil—, cómo se habían originado los hechos y cómo fueron derivando hasta llegar a tan lamentable estadio.

El establecimiento ahora se había convertido en un rumoroso chismorreó en el cual cada uno aportaba su grano de arena.

—El que confiaba en su pueblo... —decía uno—. Ja, ja, ja...

—No quería repartir y se lo han arrebatado todo. Tiene guasa la cosa, pero le está bien empleado —decía otro.

—Un perro de clase alta... cadena plateada, collar de cuero adornado con sus remaches dorados y con pedigrí. Siempre la raza... No cambiarán nunca. Si hubiese sido un perro de a pie, corriente y moliente, ataviado como la mayoría de los comunes, seguramente no se lo hubiesen robado —apuntó la joven.

—Dice que en su casa lleva él los pantalones, me río yo de eso. Sabéis por qué está así de afligido... porque seguramente se está imaginando lo que le espera cuando llegue a su casa y su mujer se entere que le han robado el perro —comentó otro.

—No penséis así —recriminó otro—, le tendría afecto al animal.

—La gente así no tiene escrúpulos, ni siente cariño ni afecto por nadie ni por nada —añadió de nuevo la señorita con cierto tono despectivo.

Los policías embebidos en lo absurdo de la exposición del dependiente estaban ajenos a las murmuraciones, pero de vez en cuando se apercebían de ciertos comentarios y de la jocosidad de los mismos.

—Por favor, guarden la compostura a medida que van desalojando la

dependencia. Háganlo de forma tranquila y pausada, sin más prisa que la de irse cada uno a su casa y que guarden para siempre en su memoria lo ocurrido en la fecha del día de hoy.

Todos asintieron con la cabeza, pues eran sabedores de lo desatinado del episodio. La señora dueña de la ventana, que aguardaba para el final, no dándose aún por satisfecha volvió a insistir.

—Los desperfectos me los tendrá que abonar, verdad señor inspector, por lo menos eso sí, ¿no?—dijo, refiriéndose al municipal al que de manera altruista le había subido la graduación.

— ¡Señora...!, ¡señora...! ¡Con Dios...! —contestó sarcásticamente el policía—. Todo se pondrá en manos de la justicia.

— ¡No!, ¡no!, ¡juicios no, qué va a costar más *el collar que el perro!* — exclamó, al tiempo que salía echando chispas.